
Mas no podemos renunciar a dejarnos interpelar por lo cotidiano que afecta a los que nos rodean, y a nosotros mismos, aun cuando nos sintamos en la necesidad, en la obligación, de salpimentarlo, de darle un toque particular que lo hace, al menos en apariencia, distinto, más llevadero y soportable, aunque, a la postre, no deje de ser un barniz no del todo resistente como demuestran muchas páginas escritas en épocas similares a estas.

Ahí están las firmadas, con motivo del terremoto de Lisboa, por pensadores de la categoría de Voltaire, que le llevó a repensar y reformular el optimismo de Leibniz y Pope, que se habían referido a este como “el mejor de los mundos posibles”. Y lo hizo, especialmente, en *Cándido*. Que la tierra temblara de aquella manera, aunque no era la primera vez que lo hacía, llevó a desterrar ciertas imágenes y metáforas que hasta entonces evocaban seguridad y solidez. Todo parecía hacerse más inestable.

Es cierto, era otra época, predominaban otras visiones de la vida, del hombre, de la naturaleza. La religión tenía un papel más fundamental. El mundo era más “pequeño”, tanto, que un hecho aislado, la destrucción de una ciudad por un terremoto, tuvo una incidencia fundamental sobre el pensamiento, la filosofía y la literatura. Hoy, más “sabios”, universales y descreídos, enfocamos el presente y el futuro desde otra perspectiva, pero no cabe duda de que esta pandemia hará que nos replanteemos muchas de nuestras actuales seguridades y optimismos simplistas. La literatura también tendrá su palabra propia, como ya lo hizo entonces a través del poeta Goethe, entre otros.

Esteban Rodríguez Ruiz